



RECENSIONES

Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE, *El ventanuco. Tras la huella de un maestro republicano*, Ciudad Real, Almud Ediciones, 2018, 479 páginas, por Diego Caro Cancela, Universidad de Cádiz, diego.caro@uca.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2020.5121>

Hace ya más de treinta años que Antonio Morales Moya nos advertía sobre el auge que empezaba a tener la biografía en la historiografía española. Entonces, esta realidad se vinculaba a la crisis de las llamadas “nuevas historias” y a la decadencia de una historia que sólo se preocupaba de las estructuras de larga duración y de interpretaciones reduccionistas o meramente economicistas. Sin embargo, hoy, la preocupación por tiempos históricos más delimitados o por acontecimientos concretos ha sido un acicate para que la consolidación del género biográfico sea una auténtica realidad en la historia que se escribe en nuestro país. Pero no hay una única estrategia de aproximación a la biografía de un personaje, ni un único tipo de biografía. La que realiza en este libro Ángel Luis López Villaverde entra de lleno en el modelo metodológico que Giovanni Levi llama “biografía y contexto”, en la que tan importante es el personaje que se analiza como el medio en el que vive, porque es este el que explica o determina su destino singular. Esta pretensión es la que detalla nuestro autor cuando explica en el epílogo del libro las motivaciones que tenía para emprender esta tarea. Considera que “la biografía de un personaje, más allá de su relevancia pública, ofrece la oportunidad de conocer mejor la época y el contexto en el que vivió” (p. 355).

Ángel Luis López Villaverde es un reconocido especialista en la historia de la Segunda República y el papel de la Iglesia católica en la España contemporánea, y nos ofrece en *El ventanuco* es una historia personal y familiar poco usual entre los cultivadores del género biográfico.

Normalmente, hacemos biografías de personajes que nos parecen relevantes por las más variopintas razones, o de individuos bien alejados en el tiempo de la época

que nos ha tocado vivir. Sin embargo, Ángel Luis López se acerca a la biografía personal no sólo de quien era uno de sus abuelos, sino que también introduce en una “coda” una breve semblanza de su propio padre, cuya trayectoria ofrece pistas más que interesantes sobre el franquismo y la transición política que le tocó vivir. Tenía muy fácil nuestro autor caer en lo que hemos llamado en otra parte el “síndrome de Estocolmo” tan frecuente en los biógrafos, al analizar las figuras de su abuelo, y más ligeramente la de su padre, pero no ha sido así. Es más, practicando lo que en su teatro Bertolt Brecht llamaba el “distanciamiento escénico”, López Villaverde no cuenta las dos historias con las luces y las sombras de los tiempos históricos que les tocaron vivir, combinando en el relato apartados que están basados en un amplio abanico de fuentes documentales procedentes de todo tipo de archivos con otros en los que prima las informaciones que proceden de los recuerdos familiares y de lo que sería una historia oral propiamente dicha.

La vida del maestro Alberto López Crespo no es la primera vez que se cuenta. Sus principales retazos biográficos ya habían sido narrados por el periodista Alfonso Domingo en su libro *Retaguardia*, en el que recoge una serie de testimonios de la Guerra Civil española. Sin embargo, contienen algunas inexactitudes que hacen que esta historia merezca ser contada de nuevo. Y es que, por su trayectoria vital, López Crespo es un buen paradigma de esos profesores tan bien retratados Los maestros de la República, gente que procedía –en algunos casos- de entornos con escasas posibilidades de educación, pero que gracias a un importante esfuerzo personal consiguieron estudiar y ser habilitados como maestros, y que vieron su tarea educativa como una obligación cívica que sólo tenía sentido si servía para mejorar la vida de la gente en una sociedad tan atrasada como era aquella en la que vivían.

La historia del maestro López Crespo ocupa los tres primeros capítulos del libro. Se abre contándonos sus orígenes familiares, su formación profesional y su presencia en un decadente Almagro –su cuarto destino-, casi rondando la treintena. Ya se había implicado en las reivindicaciones laborales del Magisterio, haciendo también gala de innovadores métodos educativos, en los que no faltaron las pequeñas excursiones al campo con sus alumnos.

En el segundo capítulo, se cuenta la llegada de la Segunda República, su proclamación en Almagro y el temprano compromiso político del maestro. Por este,

Alberto López estuvo presente entre los vecinos que desplegaron la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento y pocos días después sería nombrado por el gobernador civil presidente de la comisión gestora municipal que se hizo cargo del poder local, una vez que fue destituida la corporación monárquica elegida el 12 de abril entre numerosas denuncias de irregularidades. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en otras poblaciones del país, en las que los miembros de estas gestoras normalmente pasaron a formar las listas que la conjunción republicano-socialista presentó en los nuevos comicios municipales del 31 de mayo, Alberto López se quedó fuera de la de Almagro y dejaba un gobierno local en el que apenas había estado poco más de un mes. Volvía a su escuela y a sus clases particulares, pero ya entonces era un hombre al que le gustaban los signos de modernidad, porque poseía una cámara de fotos y también se había comprado una radio a lámpara que le había costado casi el salario de un mes.

Desde su trabajo de maestro, Alberto López no tardó en darse cuenta que una cosa era la implantación de la República y otra bien distinta que los valores que esta encarnaba impregnaran a la sociedad, sobre todo, en un medio rural como el de Almagro, donde los residuos de la “vieja política” estaban lejos de desaparecer. La mejor prueba de ello era la permanente inestabilidad de la que hizo gala el Ayuntamiento, con alcaldes que apenas si duraban algunos meses en el cargo y unas sesiones municipales marcadas por la falta de asistencia de los concejales. En este contexto, no podía extrañar que algunas de las reformas republicanas más conocidas con la creación de nuevas escuelas apenas si llegaran al pueblo. A diferencia de otros lugares donde el cambio educativo fue perceptible rápidamente, en Almagro no se llegaría a construir ninguna escuela nueva y las únicas novedades que se presentaron en este campo fue un programa de colonias escolares en el verano de 1933 y la instalación de una cantina escolar para que comieran los niños pobres.

Fue el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 el que hizo que Alberto López volviera a la vida política municipal, al mismo tiempo que ostentaba el cargo de presidente local de Izquierda Republicana, el partido de Azaña. La victoria de las izquierdas trajo consigo el nombramiento de una nueva corporación con tres socialistas y cuatro republicanos y en ella ejerció el cargo de síndico municipal. No tardó mucho

en tener discrepancias con la minoría socialista y el alcalde, hasta que se produjo el golpe militar del 18 de julio.

Es en el capítulo tercero, que viene a continuación, dedicado a narrar cómo se vivió en Almagro la Guerra Civil, donde Ángel Luis López Villaverde mejor muestra su completo conocimiento de este periodo, haciendo un detallado análisis de las dos represiones, primero la republicana y después la franquista. Detalla, por ejemplo, el descontrol que se instala en el pueblo en los primeros momentos de la misma y cómo emergen personajes como el líder de los anarquistas locales organizados en el Ateneo Libertario y el presidente de las sociedades obreras de la UGT, ambos con un destacado papel en la “violencia revolucionaria”. A continuación, nos cuenta el furor anticlerical que se propaga en la población y que se plasma, primero, en la destrucción de edificios religiosos y, después, en el asesinato de 26 de los 43 dominicos del convento que había en la localidad. Y en este contexto, nos narra la paradoja que le tocó padecer al maestro Alberto López Crespo. Intentó proteger junto con su familia el santuario de la Virgen de las Nieves, hasta que vio peligrar su integridad física, pero en el proceso que le abrieron los franquistas en 1939 fue acusado de lo contrario, es decir, de haber participado también en el saqueo del mismo.

No terminaron aquí sus problemas porque llamado por el Tribunal Popular de Ciudad Real que juzgaba a dos propietarios del pueblo y a un militar, a mediados de octubre de 1936, hizo una declaración que tres años después le costaría la muerte. Además, como sus problemas con el alcalde socialista continuaron, éste lo terminó acusando de injurias, lo que provocó su salida de Almagro y que se le trasladara a una escuela de Ciudad Real, donde le cogió el final de la guerra. Detenido cuando estaba en la clase con sus alumnos, las nuevas autoridades franquistas lo sometieron a un consejo de guerra el 13 de junio de 1939 en el propio salón de plenos del ayuntamiento de Almagro. Condenado a muerte, fue trasladado a la llamada “Casa de los Miradores”, donde estaba el ventanuco que da título al libro. Permaneció en prisión incomunicada hasta que en la tarde del 24 de octubre pudo recibir a su familia, horas antes de ser ejecutado. Ángel Luis López Villaverde da las cifras concretas de las dos represiones en Almagro: 63 ejecutados por la “violencia roja” y 107 por la “azul”, es decir, que dos de cada tres víctimas almagreñas lo fueron por las balas franquistas (p. 318).

Terminada la guerra, los hijos de Alberto López Crespo vivieron durante un tiempo de la caridad de sus tíos, por cierto, falangistas, hasta que el mayor –Luis– encontró trabajo en una fábrica de harinas de la localidad. Consiguió ir ascendiendo laboralmente, hasta compartir con su patrono la explotación de una panadería en Ciudad Real a partir de 1965. Dos años antes, en 1963, había hecho realidad lo que hoy, más de cincuenta años después, pretende la Ley de Memoria Histórica. Gracias a su amistad con un cura, Luis consiguió exhumar los restos de su padre de la fosa común del cementerio de Almagro. Y todavía la vida le llevaría a dos llamativas situaciones y le daría una gran satisfacción personal. Compartiría la representación de los empresarios de las panaderías de la provincia con el hijo del delator de su padre y candidatura en las elecciones municipales de la democracia con el hijo del alcalde socialista que tantos problemas tuvo con su padre. Y es que Luis López Condés, al comenzar la Transición se había afiliado al PSP y después al PSOE y, finalmente, encabezaría la candidatura de este partido a las elecciones municipales de 1987. Sus vecinos le dieron una amplia mayoría absoluta y le convirtieron en alcalde en el mismo salón de sesiones donde 48 años antes su padre fue condenado a muerte, buen ejemplo de que no sólo existe la Memoria Histórica, sino también -y no todas las veces que debiera- la Justicia Histórica.

Ángel Luis López Villaverde, el hijo de este alcalde, ha escrito un buen libro porque no trata sólo de su abuelo y de su padre, sino porque es un ejemplo de Historia Local bien hecha. En este caso, de una población tan relevante para Castilla-La Mancha como Almagro. Su análisis de los años republicanos y de la Guerra Civil aportan una imagen bien distinta de otros relatos escritos sobre poblaciones vecinas que se han querido convertir en paradigmas no sólo de La Mancha, sino también del mundo rural de la España anterior a la Guerra Civil. Frente a estas historias que sitúan la “brutalización” de la política, la violencia y la “retórica de la intransigencia” ya en los años republicanos, lo que este libro demuestra es todo lo contrario: “no hay antecedentes de violencia anticlerical, ni política en Almagro antes del 18 de julio” (p. 232). Fue el descontrol que se instaló en el pueblo en las semanas posteriores y la falta de autoridad de la alcaldía frente a los líderes obreros, lo que facilitó que las milicias populares actuaran impunemente provocando lo que, sin ningún tapujo, nuestro autor llama “la salvaje represión revolucionaria de agosto de 1936”. Esta es

una de las importantes aportaciones que hace este libro al debate historiográfico sobre la emergencia de la violencia política en la Segunda República, lo que no es poco. Este trabajo de Ángel Luis López Villaverde, además, deja abierta otras cuestiones como, por ejemplo, la lectura que hicieron de lo ocurrido en la guerra los hijos de las víctimas de ambos bandos o qué papel desempeñó la memoria histórica en el compromiso político de éstos cuando llega la Transición. Algo se puede deducir de lo que dijo Luis López Condés, el hijo del maestro biografiado y el padre del autor de esta biografía, en el homenaje que recibió en el año 2006: “en política hay que olvidar tiempos pasados, huir del odio y del rencor y trabajar por el bien común”.